

LAS HERMANAS
Valentine

**CASI
PERFECTA**
HOLLY SMALE

DESTINO

LAS HERMANAS
Valentine

**CASI
PERFECTA**

HOLLY SMALE

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Valentines 2. Far from perfect*
© del texto: Holly Smale, 2020
© de la traducción: María Cárcamo, 2021
Traducido bajo licencia de HarperCollins Publishers Ltd.

© Editorial Planeta S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2021
ISBN: 978-84-08-22419-8
Depósito legal: B. 5.730-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917 021 970 / 932 720 447.



Un ronquido.

Eso es lo primero que escucho. Un ronquido muy fuerte, seguido de la revelación de que estoy sola en mi cuarto, así que ha tenido que ser mío. Fuera, las palomas gorjean y los gorriones cantan, pero lo que ha conseguido despertarme han sido mis fosas nasales y su ruido de escopeta de asalto.

Muy sexy, Faith Valentine.

Tengo los ojos cerrados y la lengua como un zapato; la consigo poner en movimiento con un chasquido. Me incorporo en la cama, bostezo —mi aliento huele a ropa sucia—, bebo del vaso de la mesita de noche y escupo una mezcla de pasta de dientes y pimentón por toda la colcha.

En el culo del vaso:

Seguro que tu sistema digestivo está SUPERACTIVO. LOL

MAX xxx

Abro las persianas con una mueca de asco —mi hermano necesita un hobby— y entra el sol por la ventana; medio dormida, saco las piernas de la cama, me rasco la rodilla y

enciendo la radio. Después me voy directa a la esterilla de yoga.

Una de las paredes de mi habitación está completamente cubierta por un espejo de seis metros. Con esta luz, los poros parecen pozos: con una cuerda y un casco de espeleología te podrías meter en alguno de ellos. Será mejor que deje de mirarme la cara. Me agarro a la barra de madera y doblo concienzudamente las rodillas.

Me pongo de puntillas y bostezo por la nariz. Hago un gesto con la mano hacia la izquierda: *grand plié*. Vuelvo a apoyar los pies en el suelo y estiro una pierna hacia atrás: arabesco. Un *relevé* con una sola pierna para estirar el pie. *A la sec...*

Voy a tener intensificar la rutina de exfoliación o la abuela me va a matar.

Battement fondu, battement frappé; quatrième devant.

Igual podemos tapar los poros con masilla.

Gliss...

—A continuación —dice la mujer de la radio, con una emoción excesiva—, ¡el último éxito de Noah Anthony! Una de las canciones más románticas que he escuchado, me ha llegado al corazón.

—Sí —contesta un tío inexpresivo—. Estoy... destrozado.

—¡Es que me derrito! —vuelve a decir ella, ignorando el sarcasmo de su compañero—. ¡Aquí lo tenéis! El nuevo número uno del Reino Unido, directo de nuestros oídos a los vuestros.

Me detengo en mitad de un giro. ¿Qué narices quiere decir eso?

Doy un salto rápido y llego a la radio justo a tiempo para escuchar los primeros acordes. La culpa se apodera de mí y bajo el volumen antes de que mi novio empiece a canturrear.

«Lo siento, cariño. Te quiero.»

Luego —con los muslos aún doloridos de ayer— vuelvo a la esterilla, respiro hondo, cierro los ojos, me inclino hacia delante, me toco la punta de los dedos y adopto la posición de plancha durante unos minutos. Levantando un poco el trasero, me coloco en forma de V: manos y pies en el suelo, la cabeza hacia abajo, las rodillas ligeramente flexionadas y...

—Eres una friki, Effie. Lo sabes, ¿no?

Abro los ojos. La cara de mi hermana mayor está a treinta centímetros de la mía, tirada en el suelo justo debajo de mí. Debe de haber entrado sin hacer ruido y metido debajo de mí.

—Tienes un problema grave —continúa irónica—. ¿Crees que es algo médico o psicológico, genético o simplemente el impacto latente de la desigualdad cultural general? Es una pregunta seria.

Mer está tan cerca que veo hasta los pegotes de su rímel.

Tiene el *eyeliner* corrido por el rabillo de los ojos hacia el pelo, como si llevara puesta una máscara; se le está descascarillando la base de maquillaje por la nariz y tiene los labios parcheados en lo que fue un bonito tono burdeos. La peluca rosa que lleva está torcida y enredada, con el flequillo hacia un lado.

Parece estar agotada, desde luego. Se me encoge el corazón.

—Buenos días —digo agachándome y dándole un beso en la frente—. ¿Qué tal la fiesta? ¿A qué pobre pero sospechosa alma has hecho llorar?

Me levanto y doy una zancada hacia delante sobre el cuerpo enfundado en lycra de mi hermana.

—Madre mía —dice Mercy—, ¡deja de hacer ejercicio encima de mí!

Se arrastra sobre el suelo de madera y se mete en mi cama poco a poco, como una criatura marina pesada y exhausta.

—Ni hablar —añade, apagando la radio—. No pienso escuchar los berreos de tu novio. Ni de coña.

—Mercy... —digo con el ceño fruncido.

—¿Qué? Venga ya. Escribe canciones de mierda y lo sabes. —Arruga la frente mirando a la luz—. Y también podrías apagar eso.

—¿El sol? —Hago una pirueta con cuidado.

—Sí. —Mer me mira girar con cara de asco—. Me está dando dolor de cabeza. Y tú también, Faith Valentine. Deja de doblarte y de dar vueltas. No son ni las seis de la mañana. Estás loca.

Cuando termina con su ritual de insultos, se pone un brazo sobre la cara, cierra los ojos y empieza a roncar donde lo hacía yo hace un momento, vibrando como un taladro que agujerea una pared de ladrillo.

Me quedo mirándola: está enfadada hasta cuando duerme.

A veces pienso que mi cama es como una multipropiedad, como un apartamento barato en Mallorca. Yo la disfruto por la noche, y mi hermana de diecisiete años la usa desde las cinco de la mañana hasta las dos de la tarde. Empiezo a pensar que Mer ni siquiera se acuerda de dónde está su propia habitación. Solo nos llevamos un año, pero si alguna vez cerrara mi puerta con pestillo, estoy segura de que dormiría en una toalla mojada hecha un ovillo como si fuera un cachorro.

La tapo con cuidado —bueno, con algo de cuidado— con la colcha llena de pimentón y pasta de dientes. Luego voy a rellenar el vaso con agua no troleada, lo vuelvo a dejar en la mesilla de noche y me quito el pijama de seda. Dando saltitos, me pongo unas mallas verde fosforito y una camiseta naranja. Con cuidado —no vaya a ser que los aplaste—, me recojo los rizos en un moño despeinado y me pongo una gorra y unas gafas de sol.

Por último, me ato las deportivas, abro la app de fitness y salgo de la habitación. Pero me quedo un momento parada en el pasillo.

Hope está haciendo unos ruiditos muy monos —mi hermana pequeña no tiene un taladro por nariz—, Max sigue por ahí, como de costumbre, y, al fondo del enorme pasillo, la puerta de mamá (y la de al lado) está cerrada a cal y canto. Noah tocó anoche en Wembley y papá viene de camino desde California: evidentemente, ambos siguen fuera de juego.

Lo que significa —respiro hondo y me estiro— que todas las personas que hay en mi vida están completamente dormidas y lo tengo todo para mí sola. Hoy es un día importante y, en cuanto el resto del mundo se despierte, yo estaré luminosa, brillante e impecable.

Tengo que ser Faith Valentine. Pero todavía faltan dos horas para que llegue ese momento.

Me voy a correr.



¿Qué coche deportivo conduce un gato?

Un Miauserati.

Cuando corro, no soy nadie.

Cuando corro, no soy una Valentine, ni una novia, ni una hermana mayor ni pequeña; no soy una hija, ni una nieta; no soy una estrella de cine en proceso, ni «A la que no hay que perder de vista» ni «Una chica convirtiéndose en mujer» (vomitito).

No soy la inspiración de una canción de amor.

Conforme corro por el sendero y salgo por la puerta automatizada —con las primeras gotitas de sudor sobre el labio superior, como si fuera un bigotillo— empiezo a desaparecer al ritmo familiar de mis pulmones.

El parque Richmond está precioso al amanecer. Húmedo y con una luz dorada rosácea; hay un camino que rodea el lago donde los cisnes blancos se deslizan sin rumbo fijo.

Aumento la velocidad, disfrutando del calor en las piernas y en el pecho, y del sudor que empieza a empapar la camiseta. Con una mueca en la cara —tengo que darle caña a la

cuchilla en cuanto llegue a casa o mis axilas rasposas inundarán los titulares— giro a la derecha y corro aún más rápido, con la cabeza baja hasta que...

—¿Faith Valentine?

«No, todavía no está.»

—¿Faith? ¿Faith Valentine? Eres tú, ¿verdad?

Hay un chico corriendo a mi lado, el sol ilumina su acné. Da un pequeño salto y se pone delante de mí, inclinándose para conseguir verme la cara bajo la gorra.

¿Por qué huele a cóctel de gambas pasado? ¿A las seis de la mañana?

—No —digo, bajándome la gorra y corriendo más rápido—. Lo siento, creo que te has equivocado.

—Qué va —insiste contento, aumentando también la velocidad—. Sí que eres Effie Valentine. He leído que sales a correr todas las mañanas y que vives por esta zona, así que llevo una semana madrugando un montón, cojo la línea de Piccadilly y luego la de District hasta Richmond y... ¡aquí estás!

Está a mi lado como si nada, como si fuéramos compañeros de carreras hablando de las noticias del día.

Empiezo a sopesar mis opciones. Podría ir más rápido —aunque soy más de fondo que de velocidad—, o podría pararme, pero eso podría parecerle una invitación para charlar. También podría salirme del camino y correr por entre los árboles, pero esa es una de las ideas más estúpidas que me he sugerido a mí misma.

Así que cambio de dirección sutilmente hacia el camino principal. No quiero herir sus sentimientos.

—¡No me puedo creer que seas tú! —continúa el chico alegre. No creo que tenga más de trece años, ¿qué hace que no está jugando a videojuegos o salpicando la taza del váter mientras hace pis o algo así?—. ¡Qué guay! Jolín, tenía razón,

estás muy buena. O sea, al natural, ¿sabes lo que digo? Que no te hace falta maquillaje. Así es como me gustan las tías buenas.

¿Así es como le gustan las tías buenas? Como si hubiera muchos tipos de tías buenas disponibles para un preadolescente con un grano en el entrecejo.

—Gracias. —Sonríó—. Eres muy amable.

—¿Vienes mucho por aquí? Por esta ruta, me refiero. —Iguala mi ritmo y se pone a mi lado—. ¿Qué te parecen los parques en general?

—Eh... —Esto debe ser una nueva forma de ligar, o algo—. No, no suelo correr por aquí. —«Y desde luego no pienso volver»—. Y... los parques son... ¿bonitos?

—¡Bonitos! —El chico parece estar encantado con mi respuesta. Echa un vistazo rápido a su alrededor—. ¿Cuál es tu... árbol favorito?

—El roble. —Estoy bien entrenada para dar respuestas rápidas, lo que me viene muy bien ahora mismo porque aún sigo medio dormida.

—¿Y tu comida favorita?

«Empanadillas de carne.»

—Sushi.

—¿Color?

«Gris.»

—Verde.

—¡Qué guay! —Seguimos corriendo bastante rápido y le cae una gota de sudor por la barbilla—. ¿Me firmas un autógrafa? —Me pone un bolígrafo delante de la cara—. ¡Me lo puedes escribir en el brazo!

Me paro y me pongo una mano en la cintura, me seco la frente y cojo el bolígrafo con la mano húmeda.

«Faith V...»

—«Con todo mi amor» —dice de repente—. Escribe «Con todo mi amor».

«Con todo mi amor, Faith Valentine.»

Luego me pasa un brazo por encima de los hombros y me aplasta contra su cara, me estampa los labios mojados en la mejilla y sujeta su teléfono frente a nuestras caras sudorosas. Se me encoge el estómago: hay una luz roja parpadeando en la parte de arriba: 4.36, 4.37, 4.38...

No estaba ligando conmigo. Me estaba haciendo una entrevista.

—¡La he...! —dice el chico a la cámara haciendo una especie de T con la mano que le queda libre—. ¡T-Zoneado! —Me sonrío triunfante—. Gracias por la exclusiva, Eff. Chica número once, ¡para mí eres la número uno! Bueno, la número dos, detrás de Lily Aldridge. Es un ángel de Victoria's Secret y mi futura esposa.

Y se va corriendo entre los árboles.

Creo que tengo que replantearme mi rutina de ejercicio.

Igual debería levantarme aún más temprano y empezar a las cuatro de la mañana. Podría correr en círculos alrededor del lago de nuestro jardín. Ojalá la cinta que tenemos que en el gimnasio del sótano no me hiciera sentir como un enorme hámster vestido con ropa fosforita.

Entro por la puerta de casa y me seco la frente, miro la hora y cojo mi teléfono, que está encima de la mesa. Ya tengo un montón de notificaciones y alertas de Google.

Mientras estiro, le mando a Noah su mensaje diario de buenos días.

¡Buenos días, guapo! ¡Qué tal el concierto?
Estuve viendo un poco en YouTube
anoche... ¡fue increíble! Estoy muy
orgullosa de ti. Bss.

Luego, descargándome los hombros, envió un mail a mi agente:

¡Hola, Persephone! ¡Gracias por la actualización! ¿Es la versión definitiva del guion o va a haber otra? Un abrazo.

A mamá:

¿Te preparo algo de desayunar? ¿Te apetecen unas gachas bien sanotas?
¡Avísame! Bss.

A papá:

¿A qué hora llegas? ¿Te dejo una llave? ¡Me muero de ganas de verte! Besos.

A Max:

¿Dónde estás? ¿Estás bien? Bss.

Parece que ya ha empezado la mañana, así que me tumbo en el suelo del pasillo y hago treinta flexiones. Treinta *jumping jacks*. Treinta subidas en la silla más cercana. Veintisiete sentadillas con peso sobre el cuello (dejo las tres últimas para después de lavarme los dientes).

Cojo el móvil y abro los mensajes de Genevieve, la asistente de mi abuela. La primera foto es de un batido verde intenso con una cuchara dorada sobre una encimera de mármol, arándanos y coco rallado en forma de corazón. Con un filtro que le da un tono rosáceo y nostálgico.

Seguro que sabe a hierba recién cortada.

Con el ceño fruncido, copio y pego:

¡Nada como empezar el día con el corazón (y el estómago) lleno! Buenos días, amores ☺<3 <3

Y... PUBLICAR.

Luego cojo un trozo de la pizza que dejó anoche Mercy sobre la mesa de la cocina, la engullo y eructo mientras subo las escaleras. Cuando llego arriba, garabateo el chiste del gato en un pósit e inclino la cabeza hacia un lado. Miauserati/Masserati. ¿A que es gracioso? A mí me lo parece. ¡Los gatos no saben conducir! LOL.

Por último, entro en la habitación vacía, le doy un beso al pósit y lo pego en la pared. «Listo.» Vuelvo a mirar el reloj y respiro hondo: las 8.23 de la mañana.

Solo me queda una cosa por hacer.